

La lectura del Antiguo Testamento como un todo

**Rafael de Sivatte,
Centro de Reflexión Teológica,
San Salvador.**

Introducción

a) Importancia del análisis del Antiguo Testamento como un todo

En nuestros países nos parece hoy muy necesaria la lectura crítica de la Biblia en general y del Antiguo Testamento en particular en momentos en que se dan otras lecturas literalistas —fundamentalistas las llamamos—, por ejemplo la que hacen las sectas “evangélicas”, que con frecuencia toman la Biblia y la leen al pie de la letra y sacan conclusiones que no son las que, en realidad, se desprenden de la palabra de Dios. Este tipo de lecturas, como es sabido, favorece situaciones de opresión y cierra el paso a una lectura liberadora.

Pero además, es innegable que nuestros pueblos, especialmente aquellos que pasan por procesos de cambios profundos —como es el caso de El Salvador—, se mueven entre desencantos y esperanzas de liberación, entre alienaciones hedonistas–consumistas y heroísmos. En el ámbito de la fe y de la vida cristiana, se mueven entre movimientos de tinte espiritualista y testimonios martiriales, entre jerarquías conservadoras y obispos como Romero.

Esta realidad de los pueblos, compleja y cambiante a lo largo de su historia, la hace “semejante” a la larga y compleja historia del pueblo de Dios. De ahí que sea importante también una lectura del Antiguo Testamento considerado como un todo —testigo diacrónico de dicha historia—, y la determinación de lo que aparece como una constante en medio de situaciones tan diferentes: tentaciones, crisis, hundimientos y fracasos, por una parte, superaciones, crecimientos y victorias de la fe, por otra. Esa constante es la fidelidad de Dios, siempre presente en la historia humana, y la fidelidad de muchos testigos a lo largo de dicha historia, quienes, en medio de todas las dificultades y obstáculos, se mantienen en el camino junto a Dios, construyendo su reino y ayudando a caminar a

sus compatriotas. El Antiguo Testamento nos da, globalmente, testimonio de ello.

b) La Biblia, una biblioteca de testimonios de vida de un pueblo que descubre el estilo de actuar de Dios en la historia

Lo primero que debemos tener en cuenta para introducirnos en este tema es que la Biblia es como una biblioteca, un conjunto de libros en el que un pueblo fue formulando y transmitiendo sus experiencias de Dios. No está escrita, por tanto, por una u otra persona, sino por todo un pueblo creyente, que, a lo largo de muchos siglos de historia, en diferentes lugares, con diferentes estilos —géneros literarios los llamamos—, cuentos, poesías, leyendas, proverbios, refranes, fue poniendo por escrito su experiencia de fe. En la Biblia nos encontramos, pues, con la larga historia de un pueblo creyente.

A través de todos esos escritos ese pueblo quiso transmitir y dar testimonio de lo que había vivido: la presencia de Dios en su vida, de un Dios que él sintió como acompañante a lo largo de su historia, en momentos y situaciones a veces de felicidad, a veces de dolor, a veces de exilio, a veces de apogeo y de euforia nacional. En todas esas situaciones, este pueblo fue descubriendo que Dios estaba presente en medio de ellos.

c) El estilo de actuar y los sueños de Dios

Lo que queremos hacer a continuación es descubrir la manera de actuar de Dios que aparece en los libros bíblicos. ¿Qué queremos decir con "manera de actuar de Dios"? Cuando vemos a alguien, podemos llegar a definir su manera de actuar, su estilo. Decimos, así, que tal persona tiene un estilo de actuar vengativo, rencoroso, solidario, bondadoso... Veamos, pues, cuál es el estilo de Dios que aparece en la Biblia y —lo que es también muy importante— cuál es la última voluntad de Dios para su pueblo, qué tipo de humanidad es la que sueña Dios, y finalmente, cómo lo ha ido comunicando en el día a día a su pueblo. Creemos que Dios sueña, que tiene sueños —buenos—, que está soñando aquellas cosas que le gustaría que fuese nuestra humanidad: las relaciones ideales entre los pueblos y entre las personas que son de un mismo pueblo. La Biblia es el libro de los sueños de Dios.

d) Breve resumen del artículo

El punto de partida será mostrar el origen del pueblo de Dios a partir de la experiencia tenida por varios grupos dominados, de muchas maneras, por el imperio egipcio, y la experiencia de que Dios estaba con ellos en el momento de su liberación y de su formación como pueblo.

Analizaremos después cómo dicho pueblo vivió a lo largo de una historia cambiante, con grandes problemas y dificultades, y cómo su fe lo ayudó a res-

ponder a ellos. Destacaremos las respuestas dadas en cuatro momentos importantes. El primero es el momento de gloria de la monarquía (con sus problemas de autodivinización del ser humano y del poder, de manipulación de Dios, de búsqueda de otras seguridades y de otros dioses, de despreocupación del hermano y de maltrato hasta matarlo, de falta de ética humana y social, de llamada constante a la confianza y a la humanización). El segundo es la crisis preexílica y exílica (con sus momentos de euforia, de autoengaño, de desencanto y de desconfianza). El tercero es el retorno a la tierra y el tiempo del dominio persa (con el problema de la recuperación de la propia identidad, del universalismo o apertura a todas las naciones, de la relación auténtica con el prójimo como camino para llegar a una relación auténtica con Dios, de la pregunta sobre el lugar donde se encuentra Dios, de la posibilidad de seguir esperando a pesar de todo). El cuarto y último es la crisis provocada por el helenismo y por la dominación romana (con la dificultad de mantenerse en el judaísmo y la importancia de resistir y esperar).

En el desarrollo del artículo iré mostrando cómo lo esencial de la solución que el pueblo encontró a sus problemas históricos siempre consistió en volver a su experiencia histórica fundante, la experiencia de liberación, y que ese volver a la experiencia fundante de existir como pueblo de Dios, la experiencia liberadora de la vida que triunfa sobre la muerte, sigue siendo fundamental para la solución de nuestros problemas históricos hoy. Empecemos, pues, por la experiencia fundante.

1. Prehistoria fundante

1.1. La prehistoria del pueblo: grupos nómadas, semisedentarios y emigrantes

Veamos cómo comenzó a existir el pueblo que fue escribiendo la Biblia — pueblo de Israel, al que hoy llamamos pueblo de Dios— y qué circunstancias provocaron que se formase ese pueblo.

En una zona que recibe el nombre de “creciente fértil” (a lo largo de los ríos Tigris y Eufrates, Jordán y Nilo —Mesopotamia, Canaán y Egipto—), existían grupos que vivían del nomadismo, es decir, no tenían lugar fijo, sino que iban de un lado para otro, siempre con su rebaño de ovejas, que buscaban una posibilidad de vida mejor cada día. Iban por el desierto en busca de oasis, y, nómadas como eran, tenían la convicción de que Dios era nómada como ellos, de que Dios los estaba acompañando en el camino que ellos iban haciendo. Existían, pues, grupos que no eran todavía un pueblo, pero sí tenían la fe en un Dios que era nómada como ellos, un Dios que, como ellos, no se conforma con las metas alcanzadas, sino que siempre tiende a algo más. Quizás el personaje Abraham expresa algo de lo que significa esta experiencia nómada.

Había también en aquella zona grupos que ya habían empezado a dedicarse a

la agricultura, que se habían sedentarizado y trabajaban la tierra. Su experiencia religiosa era la de un Dios benefactor, el Dios de la tierra, el Dios que bendecía el agua para que ésta pudiese producir frutos, el Dios bueno que bendecía a esos grupos semisedentarios que se dedicaban, en parte, a la agricultura.

Había, finalmente, un tercer grupo de quienes no se puede decir ni que eran nómadas ni sedentarios, sino que eran grupos de gente empobrecida, que por diversas razones se habían quedado sin tierra, que casi no tenían patria ni lugar donde caerse muertos. Su modo de vivir, en consecuencia, era el de los emigrantes que van de un lugar a otro. Para poder sobrevivir buscaban lugares donde trabajar en la construcción, por ejemplo, o donde, en general, se necesitase mano de obra. En consecuencia, iban cambiando continuamente de patria y se convertían en la gente más maltratada por la vida y la más explotada, porque muchas veces sufrían las consecuencias de escasa oferta en comparación con una gran demanda de trabajo, y acababan siendo esclavos. Estas personas también tenían su experiencia de Dios, la de un Dios emigrante como ellos, un Dios frecuentemente esclavizado por otras naciones.

1.2. Experiencia común de estos grupos: liberación del dominio egipcio

Hubo un momento en que estos diferentes grupos, que habían vivido antes por separado y de manera muy distinta, tuvieron una experiencia común muy importante que marcó el inicio de la formación de Israel. La experiencia fue la siguiente: en aquella zona creció un imperio poderoso llamado Egipto, el cual se adueñó de todos los lugares y de todos los países por donde se movían esos grupos. Todos ellos, aunque en lugares diferentes, vivieron la dominación de Egipto como experiencia común.

Pero lo más importante es que, doscientos años más tarde, los descendientes de estos mismos grupos, aunque vivían en lugares diferentes, tuvieron otra experiencia común: el desmoronamiento paulatino y progresivo del imperio egipcio y, en consecuencia, la propia liberación y libertad. Cuando muchos de estos grupos vivieron el paso de la esclavitud egipcia a la libertad, descubrieron que aquél que era nómada como ellos, que bendecía la tierra y el agua, que los acompañaba en sus migraciones era el que había hecho posible que ellos pudiesen salir de la situación de esclavitud y llegar a una situación de libertad.

1.3. Llamada a formar un pueblo "diferente" para dar testimonio de Dios

Entonces comprendieron que ese Dios que los había liberado no lo había hecho sin razón, sino porque quería que ellos, de ahora en adelante, viviesen unidos en un lugar y, allí, intentasen construir una sociedad nueva, diferente a la de los otros pueblos, donde no hubiese esclavos y todos se trataran como hermanos. Descubrieron que Dios los quería unidos, trabajando para crear una nueva sociedad diferente y dar así a otras naciones testimonio de una vida de justicia,

de paz, de comunión entre ellos y de solidaridad, para que las naciones descubriesen que realmente Dios es un Dios bueno, que tiene un estilo de actuar misericordioso y bondadoso, justo y pacificador, etc.

Así se formó el pueblo de Israel. Por circunstancias históricas, grupos que se habían mantenido aislados unos de otros y con sus propias experiencias de Dios, en un momento dado vivieron aquella gran experiencia de liberación y de comunión entre ellos y empezaron a formar una nación con la conciencia de que Dios estaba en el origen de todo ello. A partir de ese momento empezarán a escribir la Biblia.

1.4. Un pueblo que recuerda continuamente la experiencia de liberación

No debe extrañar, pues, que a partir de entonces ese pueblo recordase siempre a lo largo de su historia la gran acción liberadora de Dios y su voluntad de que se mantuviese siempre libre, sin esclavitudes de ningún tipo. De ahí que cuando pase por crisis y tentaciones, ese pueblo recordará la acción liberadora y fraternizadora de Dios, recuerdo que lo seguirá interpelando a vivir en libertad, a no maltratarse, a tener relaciones de justicia, a ser solidarios.

Esa experiencia de liberación fue la que conformó a ese pueblo y la que lo mantuvo en medio de las crisis y tentaciones. Por esa razón, siempre que este pueblo intentaba de algún modo proclamar su fe afirmaba que creía en ese Dios liberador que lo había liberado de la esclavitud de Egipto. Es lo que aparece en este fragmento del Deuteronomio, que es una profesión de fe, en la que el pueblo —cuando le preguntaban en qué creía— recordaba el acontecimiento de la liberación. Deuteronomio 6, 20–25 dice:

Tal vez un día tu hijo te pregunte: “¿Qué son estos preceptos, mandamientos y normas que Yahveh les ha ordenado?”. Tú responderás a tu hijo: “Nosotros éramos esclavos de Faraón en Egipto, y Yahveh nos hizo salir de Egipto con mano firme. Y lo vimos hacer milagros grandes, y terribles prodigios contra Faraón y toda su gente. Y a nosotros nos sacó de allí para conducirnos a la tierra que prometió a nuestros padres. Yahveh nos ha ordenado poner en práctica todos estos preceptos y respetarle a él, nuestro Dios. Así seremos felices y nos hará vivir como hasta hoy. Y seremos perfectos a sus ojos si guardamos y practicamos estos mandamientos como él lo ha ordenado.

El hijo pequeño pregunta por qué el pueblo de Dios vive de esta manera, siguiendo normas tan diferentes de las de otros pueblos, como los cananeos y los amorreos. El papá le responde con esta breve confesión de fe y le explica al hijo pequeño que es porque eran esclavos y Dios los sacó con mano firme de Egipto y les dijo que viviesen de una manera diferente para ser felices y para que todas las naciones pudiesen reconocerlo.

1.5. El Antiguo Testamento, una continua revisión de vida del pueblo a la luz de la experiencia del Dios liberador

Pero, ¿qué ocurrió después? Este pueblo pasó por momentos históricos muy diversos. En muchos de ellos la fe en el Dios liberador que quería un pueblo nuevo entró en crisis. Empezaron a maltratarse unos a otros, a no construir el pueblo que Dios quería, y entonces comenzaron también a surgir personas de fe que iban escribiendo la Biblia para iluminar al pueblo y ayudarlo a seguir caminando. Así se fue formando la Biblia.

Veamos ahora los momentos más fundamentales de la historia de este pueblo y cómo se fue formando el Antiguo Testamento, precisamente, como respuesta a los problemas que surgían en la vida diaria.

2. El tiempo glorioso de la monarquía (1000 a 700 a.C.)

El primer momento es el del máximo esplendor y gloria de la monarquía de Israel. El pueblo de Israel poco a poco se fue organizando y lo hizo de forma monárquica, gobernado por un rey. En algunos momentos tuvo monarcas muy importantes como David, Salomón, Ajab. Esto ocurrió entre los años mil y setecientos antes de Jesucristo en un clima de apogeo y de aparente progreso. Pues bien, en esos momentos se dieron también una serie de peligros y tentaciones para el pueblo, que necesitaban una respuesta: se estaba perdiendo la fe. Esta situación crítica provocó que Dios suscitara, dentro del pueblo, profetas y personajes que ayudasen realmente a recuperar la fe. Sus palabras y escritos son el origen del texto veterotestamentario. ¿Cuáles fueron estos peligros y estas tentaciones y cuál fue la respuesta de las personas de fe?

2.1. Autodivinización del ser humano y del poder

El primer gran peligro¹ que aparece en tiempo de la monarquía consistió en que el hombre, una vez que empezó a vivir en abundancia, empezó también a creerse Dios o se quiso hacer como Dios: Dicho de otra manera, es la tentación de la autodivinización del ser humano, el pensar que para ser más hay que negar a Dios, de que para poder ser considerado como fuerte y poderoso Dios estorba. La gran tentación consistió, pues, en querer convertirse en Dios, en pretender ser como dioses, dominadores y dueños absolutos de toda la realidad, sin pasar por el camino humano.

En realidad, el mismo Dios quiere que lleguemos a ser Dios, y la Biblia nos da testimonio de que el sueño de Dios para los seres humanos es que lleguemos a ser hijos de Dios y que por esa razón, no sólo por ser humanos, seamos respetados. Eso es lo que Dios quiere, pero quiere que lo consigamos como don, aceptando caminar junto con Dios, en perfecta armonía con él, sin negarlo, sin rechazar su proyecto.

Génesis 2 – 3

Este es el gran peligro de ayer y de hoy, y para hacerle frente unos creyentes escribieron un significativo texto, que es la conocida historia del Génesis en los capítulos 2 y 3, la historia del paraíso y de la caída. La escribieron ante el gran peligro de querer divinizar al hombre, negando a Dios, de querer llegar a ser como dioses, dominarlo todo y no querer aceptar que, para llegar a ser Dios, hay que ir viviendo día a día la vida humana.

La narración nos habla de un paraíso con árboles variados, entre los que se encontraba el árbol de la ciencia del bien y del mal, es decir, el árbol del dominio de toda la realidad (en mentalidad semítica, ciencia equivale a dominio absoluto; bien y mal son los dos extremos entre los que se encuentra toda la realidad). Es el árbol que la humanidad cree que le va a dar, de modo mágico, el poder de dominarlo todo, como lo tiene Dios, especialmente en lo que se refiere al bien—decir y mal—decir la vida de los demás.

Los creyentes afirman, sin embargo, que esta creencia es falsa y por eso narran simbólicamente que, cuando la humanidad come de la fruta del árbol, cuando quiere llegar a ser Dios (mágicamente y no viviendo la vida cada día de un modo humano), le ocurre lo contrario a lo que imaginaba: se rompe todo. Los seres humanos empiezan a tener miedo de Dios, cuando antes el texto ha dicho que Dios y ellos estaban en profunda armonía y amistad: se rompe la estrecha relación con Dios. Se rompe también la relación interhumana y Adán empieza a decir “ésa que tú me pusiste al lado, ésa es la culpable”: se rompe la armonía entre los seres humanos. Se rompe finalmente la armonía con todo el conjunto, con todo el mundo de la naturaleza, con todo el jardín, representado en la serpiente, que era también una criatura de Dios: “la serpiente me engañó”, afirma la mujer, expresando la ruptura.

Así, pues, este texto era una lección para aquel tiempo y para todos los tiempos, ante el deseo de divinizarse y ante la creencia de que el camino para la propia divinización es el negar a Dios. El texto lo niega y afirma, en cambio, que, cuando se busca la autodivinización sin contar con Dios, ocurre lo contrario a lo que se pretende: el ser humano no sólo no llega a ser como Dios sino que, además, se deshumaniza, porque rompe con todo su entorno, con Dios, con los demás, con el mundo de la naturaleza.

Esta es la crítica que hace el texto a quienes pretenden divinizar al ser humano y al poder a costa de Dios. Ahora bien, los creyentes del tiempo de Salomón no acaban así su historia, sino que afirman que, a pesar de todo, a pesar del pecado de la sociedad monárquica de David y de Salomón y de las muchas veces que la humanidad quiere autodivinizarse, Dios sigue apostando a favor del ser humano. Afirman que hay esperanza: el mal no ha vencido, va a seguir una lucha a muerte entre el ser humano y el mal, pero una lucha con esperanza,

representada en la imagen de Eva y de su descendencia —la humanidad—, que aplasta la cabeza de la serpiente como representación del maligno y del mal, aunque ésta seguirá intentando morder el talón de la humanidad. No ha triunfado, pues, el mal, sino que la lucha de la humanidad contra el mal continúa.

Se trata, pues, de un texto esperanzador que nos presenta el proyecto humano, lo que tenemos que seguir haciendo. Pero además nos pone delante otros signos esperanzadores, como, por ejemplo, que Yahveh, cuando ve al ser humano preocupado porque se siente desnudo y tiene vergüenza de Dios, lo viste, expresando así la solicitud que tiene para con él a fin de que éste se encuentre bien a pesar de lo que ha hecho.

Afirma también el texto que, a pesar de la amenaza de que morirán si comen del árbol, la mujer recibe el nombre de Eva, que en hebreo significa madre de toda vida, madre de la Vida, expresando así que no sólo no mueren, sino que Dios les sigue encomendando el dar vida.

Pero lo más esperanzador que afirma el texto, por contradictorio que parezca, es que Dios saca al hombre y a la mujer fuera del paraíso, porque con ello dice que la humanidad está llamada a hacerse divina, pero en la vida real y no en un lugar paradisíaco que nunca ha existido. Dicho de otra manera, afirma que la humanidad está llamada a construir el paraíso en la vida real de cada día, en la que debe cultivar y cuidar la tierra para que dé alimento para todos, crear relaciones totalmente humanas.

Este texto, pues, es muy significativo, porque, por una parte, nos expresa la tentación del ser humano de querer hacerse dios en contra de Dios, y su consiguiente fracaso cuando lo intenta, ya que se deshumaniza y pierde toda solidaridad y comunión con el mundo de la naturaleza, con Dios y con los otros seres humanos. Pero, por otra parte, nos presenta a un Dios que, a pesar de todo, sigue apostando por los seres humanos y prometiendo su presencia junto a ellos en la lucha contra el mal.

2.2. Manipulación de Dios

El segundo gran peligro es intentar dominar a Dios. "Ya que no podemos ser dioses, al menos dominemos a Dios". Es la tentación que surgió también en este tiempo de euforia y en la que se puede caer de muchas maneras. Como ejemplos de aquella época podemos recordar los siguientes: construir un templo para encerrar en él a Dios como a un prisionero y tenerlo a mano cuando nos interesa; hacer toda clase de actos de culto para ganarnos a Dios y forzarlo a salvarnos; ofrecer a Dios las primicias de los campos y de los rebaños para obligarlo a seguir bediciéndolos (lo cual estaría bien si se tratase de expresar reconocimiento y agradecimiento pero no si se trata de violentar y coaccionar a Dios, y menos cuando para ello se llega a ofrecer en sacrificio, como ocurría en otros

países del entorno, a los primogénitos humanos); recordar a Dios la elección del pueblo para forzarlo a bendecir, quitándole de esta manera su libertad y diciéndole lo que tiene que hacer (lo cual es lo más contrario al estilo de Dios que aparece en la Biblia desde el principio); hablar de guerras santas de Yahveh cuando de lo que se trataba era de las propias guerras en favor de los propios intereses.

Para dar respuesta a tales intentos de manipulación de Dios se recogen en esa época varias tradiciones antiguas y predicaciones proféticas, y se redactan con ellas textos como Génesis 11, 1-9; Génesis 22; Exodo 3, 1-15; Isafas 1, 10-21; Miqueas 3, 9-8. Con estos textos se intenta, desde la fe, recalcar que a Dios no se le puede manipular, no se le puede obligar, no se le puede tener prisionero ni con el templo, ni con el culto, ni con el sacrificio de los primogénitos, ni con el recuerdo de la elección, ni con la posesión de su nombre, ni de ninguna manera. Dios es libre en su actuación movida por el amor. El sabe cómo quiere actuar.

Génesis 11, 1-9

Dentro de la historia de los orígenes, por ejemplo en la famosa historia de la torre de Babel de Génesis 11, 1-9, se nos dice que cuando la humanidad empezó a crecer, los seres humanos tuvieron miedo de que si, por alguna razón se dispersaban, perderían fama y ya no serían conocidos. Se decidieron, en consecuencia, a hacer algo por su cuenta para seguir teniendo un nombre y para poderse asegurar la acción favorable de Dios: comenzaron a construir una ciudad para tener fama y a construir una gran torre, una especie de templo cáltico semejante a los templos babilonios, para obligar a Dios a descender sobre ella y tenerlo así encerrado en ella.

Para captar la hondura del relato hay que tener en cuenta que éste fue escrito cuando en Jerusalén se estaba construyendo el templo. Muchos creían que el templo iba a servir precisamente para eso, para que Dios no se les escapara, y en ese contexto, el relato de la torre de Babel viene a decir que Dios está contra eso, que el templo es lugar de la presencia de Dios, pero que Dios está en todas partes y no puede ser encerrado ni forzado a actuar como quieren los seres humanos. Por esta razón, Dios se llena de cólera contra aquella humanidad que no se fía de él y que lo quiere aprisionar.

Génesis 12, 1-9

El texto que acabamos de ver responde en el fondo a una falta de confianza del hombre para con Dios y expresa claramente que Dios sólo exige confianza en El. Por esta razón es interesante leer el texto de Génesis 12, 1-9, que es la continuación del texto de la torre de Babel, en el que aparece la vocación de Abraham. El sí se fía de Dios y no necesita de ningún templo para tener aprisio-

nado a Dios, sino que sigue con confianza el llamado de Dios y se pone en camino, sabiendo que Dios lo acompaña. Cae en la cuenta de que Dios es un Dios nómada como él, que Dios lo está acompañando en el camino y que sólo exige que confíe plenamente en él y en su presencia en el caminar.

Génesis 22

Otro texto importante contra la tentación de manipular a Dios es Génesis 22, el sacrificio de Isaac. En él nos explica la Biblia cómo Abraham cree que, para congraciarse con Dios y recibir así sus bendiciones en forma de riqueza agrícola y ganadera, tiene que sacrificar a su hijo primogénito, tal como lo hacían los habitantes de aquella zona. De hecho está a punto de caer en la tentación de sacrificar a su hijo primogénito, creyendo que de este modo se va a ganar el amor y la bendición de Dios. La narración, sin embargo, deja bien claro al final que no es éso lo que Dios quiere. Lo único que quiere Dios es que Abraham se fíe de sus promesas y que se ponga en camino hacia lo desconocido, siempre acompañado por Dios mismo.

Y recordemos que esta narración se sitúa en la montaña de Moryahu, lugar donde después se construyó el templo de Jerusalén, con lo cual también se denuncia que el templo no debe ser nunca lugar de manipulación de Dios para conseguir beneficios, sino lugar de reconocimiento y agradecimiento a un Dios que toma la iniciativa para estar con su pueblo y que no quiere de ningún modo prácticas cúllicas inhumanas.

Exodo 3, 1-15

En Exodo 3, 1-15 vuelve a aparecer el mismo problema. Es el texto de la manifestación de Dios a Moisés en la zarza ardiendo, en el Sinaí. De él sólo me interesa ahora subrayar un aspecto: Dios se presenta como un Dios que ha visto la opresión de su pueblo y muestra su decisión de liberarlo, enviando a Moisés.

Pues bien, como suele aparecer en relatos de vocación para desempeñar una tarea difícil, Moisés empieza a poner dificultades diciendo que quién es él para ir al Faraón a liberar al pueblo. Dios le responde que realmente no es nadie, pero que estará con él en esa misión liberadora. Moisés pone, entonces, otra dificultad: cuál es el nombre exacto del Dios que lo envía para poder ir seguro al pueblo y convencerlo de que se tiene que liberar. En realidad tras la pregunta por el nombre de Dios está latente la problemática del intento de su manipulación. En las culturas de aquella zona, en efecto, era algo muy común querer saber el nombre de Dios, y la razón es la convicción de que, si se conoce el nombre de Dios, se lo puede nombrar cuando se quiera, y Dios está obligado a actuar como desea el que lo invoca. Esta es la concepción que hay de fondo y que explica que en muchas ocasiones el Antiguo Testamento presente a personajes que preguntan a Dios por su nombre. Dios, por su parte, no les quiere

comunicar su nombre (para no ser manipulado), pero en cambio los bendice, dándoles a entender que no les da el nombre, pero que quiere hacer mucho más por ellos, como es el hacerles promesas y bendecirlos de cara al futuro para que sigan caminando en la historia con confianza.

Volviendo al texto de Exodo, Moisés pregunta por el nombre de Dios para poderse comunicar al pueblo en ese momento crucial de ponerse en el camino difícil de la liberación. Quiere, pues, tener una seguridad para dominar a Dios, para poderlo llamar y obligarlo a escuchar y a actuar de acuerdo a la voluntad de Moisés. En este contexto, lo más importante del texto es la respuesta que da Dios. En realidad, Dios le da un nombre que no es su nombre, sino que es mucho más que un nombre. Es un nombre inmanipulable, Yahveh, que viene a significar algo así como "El estará con ustedes".

Así, pues, el nombre que Dios da de sí mismo expresa su compromiso de estar con Moisés y con el pueblo en el camino por el que los quiere llevar, el camino de la liberación. No da un nombre para que ellos puedan utilizar a Dios y aprisionarlo, sino que con ese nombre está diciendo mucho más: "pónganse en camino, yo les acompañaré y en ese camino me van a ir conociendo y van a saber cómo y quién soy".

La confianza en Dios aparece, pues, como fundamental en todos estos textos escritos en los inicios de la monarquía israelita, precisamente porque ése era el problema, que no había confianza alguna, mientras que el anhelo de poder y de seguridad era tan grande que querían tener poder y seguridad también sobre Dios.

Isaías 1,10-21

Contra el intento de manipular y de dominar a Dios se escribe también el texto profético de Isaías 1,10-21, aunque en este caso se trata del intento de utilizar a Dios por medio del culto. La crítica del profeta suena muy fuerte: "yo aborrezco sus sacrificios, aborrezco el humo de su incienso, aborrezco sus festividades, y, cuando se ponen a rezar ante mí, me hacen vomitar". Es un texto durísimo en el que parece que Dios no acepta el culto en absoluto, aunque al final queda clara la razón para ello: mientras me están queriendo ganar con el culto "sus manos están llenas de sangre". Dios no puede aceptar este intento tan burdo de manipulación, pero sí se menciona cuál es el camino de la reconciliación con Dios y del diálogo con él: "limpien sus manos de la sangre de gente inocente que están derramando, defiendan al huérfano y a la viuda y opan por la justicia y por la solidaridad y no por el mal". Otros textos proféticos que irían en esta misma línea son: Amós 4, 4-5; 5, 4-6a.14-15.21-25; 5, 18-20; Miqueas 3, 9-12.

Amós 3, 2

En el conjunto del desenmascaramiento profético del intento de manipular a Dios, de la búsqueda de seguridades y de falsos dioses o ídolos, hay algo que es conveniente subrayar y que es muy propio del profeta Amós. Me refiero al valor no mágico de la elección y del culto. De lo que se trata más bien, según afirma con fuerza Amós, es de responder con fidelidad a Dios. Quiero ahondar en este tema porque la denuncia de la incoherencia del culto y de la teología de la elección es, quizás, de lo más original de Amós —y lo que le provocó más problemas.

Amós dice en varios textos que la elección no es ningún privilegio, no tiene valor mágico, como si por ser elegido ya se tuviese derecho a que Dios actúe a nuestro favor. No, la elección no es ningún privilegio, sino que es un llamado a la responsabilidad, tal como se dice en Amós 3, 2: "Así como yo no me di a conocer más que a ustedes entre todas las naciones de la tierra, por eso voy a visitarlos por todos sus pecados". Este texto merece una explicación.

Al parecer Amós toma pie de lo que decía la gente: "Dios sólo se nos ha dado a conocer a nosotros". Por algunos textos que veremos a continuación no parece que Amós estuviera totalmente de acuerdo con esta idea, pero sí la usa como punto de partida, por ser una frase que la gente iba repitiendo. Lo que le interesa es la conclusión: si es verdad lo que dicen, no lo es menos que Dios les va a exigir más y les va a castigar de un modo especial por todas sus maldades. Dios puede exigir mucho más de ellos precisamente porque ellos andan diciendo que son los únicos elegidos de entre todos los pueblos de la tierra.

Estas afirmaciones de Amós eran revolucionarias en su tiempo y posiblemente fueron las que lo llevaron a ser perseguido y asesinado, pues con ellas estaba poniendo en duda las bases de aquella sociedad. El rey Jeroboam II, en efecto, quería aparecer como religioso y creyente, tenía muchos santuarios, hablaba siempre de que Dios los había elegido y de la guerra santa. Amós, con sus palabras y sus acciones, hacía tambalear la autoridad del rey y las estructuras y el modo de pensar de aquella sociedad.

Amós 9, 7

¿Qué pensaba realmente Amós sobre la elección? Según Amós 9, 7 no parece que pensaba que Dios hubiese elegido sólo a Israel, pues dice: "Hijos de Israel, ¿no son ustedes para mí como los etíopes?". Para la mentalidad de Israel esta frase sonaba a herética, pues significa en el fondo que para Dios todos son iguales, que la elección de la que tanto hablaban no era una elección exclusiva. Además, hay que hacer notar que en la mentalidad del profeta "elegir" significa "amar de un modo total", apasionarse por algo o alguien, y no significa optar por alguien o algo excluyendo a alguien o algo. Según esto, Amós está diciendo

que para Dios también los etíopes son elegidos. Y dice todavía más: “¿No hice subir a Israel del país de Egipto como también hice subir a los filisteos de Caftor y a los arameos de Quis?”. Dios, por tanto, ha estado en la historia de liberación de cualquier pueblo, Israel no es el único pueblo elegido y la capacidad para amar y elegir de Dios no es tan limitada como Israel piensa. Dios elige sin excluir.

Esta concepción de la elección es muy importante y muy actual, ya que la persona o el colectivo que se siente amado y elegido por Dios para una misión tiende a creerse mejor que los demás, cuando de lo que se trata no es de ser mejor que nadie, sino de ser lo que uno tiene que ser, aquello a lo que uno ha sido llamado.

Amós 4, 4-5; 5, 4-6.14-15.21-25

Además de la elección como fuente de seguridad, aparece también el culto. Amós afirma que ni la elección ni el culto dan seguridad alguna. No deben pensar que, porque practican actos de culto en los santuarios, ya eso les va a salvar de las denuncias y los pecados de los que los está acusando.

Hay un texto muy claro en esta línea. Se trata de Amós 4, 4-5; 5, 4-6.14-15.21-25, que es como un discursito, todo seguido, con gran unidad en el contenido y en el lenguaje. Empieza en 4, 4-5 diciendo: “Busquen el santuario de Betel para pecar, busquen el de Guilgal para pecar más todavía”. El profeta los acusa de que cuando van a los santuarios a ofrecer sacrificios lo que están haciendo es pecar —ya se verá después por qué. Y los invita, irónicamente, a pecar peregrinando a los santuarios, trayendo sus sacrificios cada mañana y sus diezmos cada tres días, cumpliendo todos los actos de culto prescritos, quemando panes como acción de gracias, anunciando a los cuatro vientos las ofrendas voluntarias. Y desborda su ironía cuando acaba diciendo: “pues eso es lo que les gusta a ustedes —no a Dios, por tanto—, eso es lo que ustedes disfrutaban haciendo”.

Como contraposición a buscar el santuario de Betel y el de Guilgal para pecar, Dios, por medio de su profeta, los invita, en Amós 5, 4-6, a buscarlo a él de verdad: “Búsqüenme a mí y vivirán”. Además de la conexión entre los dos textos, basada en el verbo “buscar”, se debe hacer notar en este último texto el nexo existente entre “buscar” y “vivir”. En el caso de la búsqueda de los santuarios, el nexu que se daba era entre “buscar” y “muerte o destrucción”: “no busquen el santuario de Betel ni el de Guilgal, porque Guilgal será enviada al destierro y Betel será reducida a la nada”, “no sea que Yahveh se extienda como fuego sobre la casa de José y la consuma sin que haya nadie en Betel para apagarlo”. Pero, ¿en qué se concreta este buscar de verdad a Yahveh para vivir? En Amós 5, 14 se encuentra la continuación del texto anterior y la concreción necesaria: “Busquen el bien y no el mal si quieren vivir”. Buscar a Yahveh es

vivir, buscar el bien y no el mal es vivir.

Y sigue el texto: "Para que así Yahveh esté con ustedes como tanto lo repiten". Vuelve aquí Amós a utilizar irónicamente frases que eran comunes entre los habitantes de Israel. Dicen que Yahveh está con ellos. En la mentalidad del profeta ese "estar" no es algo automático (Dios ha elegido equivale a Dios está; doy culto a Dios equivale a Dios está obligado a estar), sino que es algo condicionado a buscar a Yahveh, a buscar el bien y no el mal. Y en este esfuerzo de concreción sigue el texto: "Aborrezcan el mal y amen el bien". No se trata, por tanto, sólo de buscar, sino que se trata de amar el bien y de odiar el mal. Y sigue concretando y actualizando en qué consiste buscar a Yahveh, buscar el bien, amar el bien: "Impongan la justicia en los tribunales". Este es el criterio profético para saber si se está buscando de verdad a Yahveh, si se está buscando el bien, si se está amando el bien. En tal caso, si se impone la justicia en los tribunales, puede ser que Yahveh se apiade de su pueblo.

Este es uno de los grandes temas de Amós. Insiste con frecuencia en cómo suelen estar unidas la ideología de la elección, la concepción de la guerra santa, la práctica cúllica, la injusticia, la opresión de los pobres, la búsqueda de seguridades. Y deja bien claro cuál es la única salida a esta situación de pecado: la búsqueda de Dios y del bien, el amor al bien y la práctica de la justicia en los tribunales.

2.3. La búsqueda de otras seguridades y de otros dioses

El tercer gran tema es el de la búsqueda de otras seguridades o de otros dioses. Es la tentación de, ya que no se puede manipular a Dios porque los creyentes y los profetas llaman continuamente la atención sobre ello, buscarse otros dioses y otras seguridades. Este es uno de los grandes problemas y tentaciones del ser humano, el querer tener el máximo de seguridad y, en consecuencia, el buscar otros dioses y otras seguridades, que pueden recibir nombres muy diversos. Ejemplos de la época son buscar al dios del imperio asirio, hacer alianza con Asiria con la confianza puesta en su imperio como si fuese Dios, idolatrar el dinero y sacrificarle, en consecuencia, la vida de los prójimos más indefensos. Estas y otras seguridades buscadas son calificadas en la Biblia de ídolos, de falsos dioses. Se encuentran textos muy claros en este sentido, como los de Isaías 7, 10-17; Isaías 30, 1-3; Isaías 31, 1-5; Oseas 7, 11-12; Oseas 8, 8-10.

Isaías 7, 10-17

Comentemos, a modo de ejemplo, el primero de dichos textos, el de Isaías 7, 10-17. Es importante situar el texto en su contexto histórico para poder ver mejor su alcance. En torno al año 735 a. C. se desata una gran guerra en la zona cananea. Varios países de dicha zona, entre los que se encuentran Aram (o Siria)

y Efraím (o Israel), manipulados por el imperio egipcio, intentan hacer una gran coalición en contra del imperio asirio. Ante la negativa del rey de Jerusalén, capital de Judá, de entrar en dicha coalición, Aram y Efraím le declaran la guerra con la intención de poner en el trono de Jerusalén a alguien que les sea favorable. El rey de Jerusalén, aterrorizado por el ataque de sus enemigos, busca la seguridad en actos mágicos para forzar a su Dios, Yahveh, y también en las armas y el apoyo del imperio asirio, dejando de lado la fuerte relación existente entre Judá y Yahveh, la relación de confianza querida por Dios.

En tal situación, Isafas se le presenta y le dice (parafraseando el texto): "¿Por qué no te atreves a pedir una señal a Dios de que sigue contigo? ¿Por qué no quieres reconocer tu relación con Dios?". La respuesta del rey, aparentemente respetuosa, está llena de hipocresía y falsedad: "¿Cómo voy a pedirle una señal a Dios? ¿Cómo voy a tentarle? ¿Cómo voy a poner a prueba a Dios?". La respuesta de Isafas no puede ser más clara: "No tienes vergüenza, porque dices que no quieres pedirle a Dios una señal de que está contigo y que no quieres tentar a Dios, pero le has querido forzar con acciones mágicas y te has buscado otros dioses como el ejército asirio, creyendo que todo esto te va a salvar. Pues bien, para que veas que Dios está dispuesto a darte una señal, y te la está dando, aunque no la pidas, he la aquí: tu joven esposa está esperando un hijo, cuyo nombre será Emmanuel".

¿Qué importancia tienen estas palabras? Mucha, porque la señal que da Dios se basa en la ideología de la corte, según la cual el nacimiento del primogénito del rey era fundamental, ya que se trataba del próximo rey, y por eso se celebraba como una de las mayores fiestas. En este contexto, Isafas recrimina al rey diciendo: "Tú no has sabido descubrir en ese hecho tan sencillo de tu vida, el estar a punto de tener a tu hijo primogénito, el próximo rey para el pueblo, que Dios sigue contigo como estuvo con David. Esta es la señal que Dios te da, por la que tú tendrías que haber confiado en que Dios está contigo y sigue contigo, y en que esta guerra puede ser muy seria y muy grave, pero no es el fin de tu país, si dejas que Dios siga contigo".

Así, pues, ante la búsqueda de seguridad y de otros dioses, Isafas llama al rey a poner su firmeza y su confianza sólo en Yahveh y a caminar, así, con fortaleza en medio de las mayores dificultades.

Isaías 30, 1-3; Isaías 31, 1-5; Oseas 7, 11-12; Oseas 8, 8-10

Los otros textos citados más arriba abordan la misma temática. Hablan, por ejemplo, de Jerusalén que en muchas ocasiones ha buscado alianzas con Egipto y con Asiria, comportándose como una paloma que da un golpe contra una pared y, aturdida, va y se golpea contra la otra pared, sin saber hacia dónde se dirige. Va hacia Egipto y Asiria, sin caer en la cuenta de que estos imperios no son dioses, sino que son humanos y que, si se apoya y confía en ellos y en sus

armas de combate, cuando ellos caigan también caerá Jerusalén.

Esta búsqueda idolátrica de seguridad recibe inmediatamente una respuesta, como hemos visto, de parte de los creyentes y profetas. Estos afirman que, en último término, sólo van a encontrar seguridad y firmeza en seguir caminando según lo que es bueno, apartándose del mal y confiando en que Dios camina y caminará siempre con ellos en medio de los problemas —sin que esto signifique que se dedique a hacer milagros para eliminar mágicamente los obstáculos.

2.4. La despreocupación por el hermano y el maltrato hasta darle muerte

En esta época se plantea un cuarto problema grave: la despreocupación por el hermano hasta llegar incluso a matarlo. Con frecuencia, en los momentos más gloriosos de la monarquía, la situación se fue haciendo tan injusta y tan opresiva que se llegó a maltratar y matar al hermano para apoderarse de sus campos y de su familia. Esta realidad, tan traumática, de maltrato y opresión hasta la muerte del otro, especialmente cuando la vive un pueblo salido de la esclavitud y llamado a ser un pueblo fraternal, hizo reflexionar hondamente a los creyentes y profetas.

Génesis 4, 1–16

Escrito en estas circunstancias, el texto de Génesis 4, 1–6, en el que se narra la muerte de Abel, es un texto que tiene una gran fuerza profética y reveladora del estilo de Dios. Ante todo es muy significativa la frecuencia con la que aparece la palabra “hermano”. Se podrían analizar muchos detalles del relato, pero lo más importante es que se trata del primer caso en la Biblia en que aparece un pecado real de la vida de cada día: el crecimiento de la envidia en el corazón del ser humano. Caín ve que a su hermano le va bien y desea que a él le vaya mejor en todo, hasta llegar a sentir la tentación de matarlo. Hay un momento en que Dios le dice a Caín que puede evitar caer en la tentación, que siempre se puede evitar el llegar a matar al hermano, pero que, para ello, tiene que saber dominar su envidia. Sin embargo, Caín asesina a su hermano.

Pero lo importante del texto es que, inmediatamente después, aparece un Dios que, a pesar de la violencia asesina de Caín, sigue apostando por él, sigue jugando fuerte en favor de la vida del ser humano. De ahí que el texto termine diciendo que Dios pone una señal, un tatuaje tribal, en Caín para que todo el mundo lo reconozca como familiar de Dios y, por tanto, nadie se atreva a tocarlo. Dios está diciendo que no quiere que continúe la violencia, que comience una espiral de violencia que acabe con Caín, a pesar de que éste ha sido el que la ha iniciado.

El Dios Yahveh, por tanto, el liberador del dominio egipcio, afirma con toda claridad que no quiere que se atente contra la vida del prójimo, sino que quiere

frenar la violencia. Pero no sólo eso, sino que Dios, como aparece en otros textos, está en contra de cualquier forma de despreocupación por el hermano, que lleva a otros tipos de muerte. Se dan en realidad actitudes ambiciosas contra el hermano, que no llegan a matarlo, pero que lo llevan a la esclavitud, a la pobreza y a la miseria, como formas de muerte.

Miqueas 2, 1-2; Miqueas 3, 1-2

En este sentido es significativo el texto del profeta Miqueas, escrito también en tiempos de euforia —significativo, además, porque tiene muchos puntos de contacto con lo que ocurre en nuestros días. En Miqueas 2, 1-2 y 3, 1-2, el profeta desenmascara la despreocupación y el maltrato al hermano, que se convierten en muerte lenta: “Ay de ustedes que meditan la injusticia, que toda la noche traman el mal y al amanecer lo ejecutan cuando está a su alcance; si les gustan campos, se los roban, o unas casas se las toman. Se apoderan de la casa y de su dueño, de un hombre y de su propiedad”. Esta es una manera de ir matando, empobreciendo al otro, robando sus medios de subsistencia. Y el profeta profundiza en Miqueas 3, 1-3: “Escuchen, jefes de Jacob, señores de las tribus de Israel. ¿No deberían conocer ustedes lo que es justo? ¿Por qué, pues, odian el bien y aman el mal? Ustedes descueran vivos a los de mi pueblo y les arrancan la carne de sus huesos. Se comen la carne de mi pueblo, y parten sus huesos y los echan a la olla”. Así actúan los jefes de Israel. Se comen al prójimo.

Génesis 4, 1-16 y Miqueas 2, 1-2; 3, 1-2 (véase también Isafas 5, 8.20; 10, 1-2) son muestras de esta problemática desenmascarada por creyentes y profetas en ese tiempo de esplendor. Sus afirmaciones son claras: Dios no quiere que se maltrate al hermano, ni que uno se despreocupe de él; y Dios no quiere, por supuesto, que se le dé muerte. Dios quiere por encima de todo la vida digna de los seres humanos.

2.5. La falta de ética humana y social

El quinto tema denunciado en esa época es la falta de ética humana y social. Todo parecía ir bien, pero en la práctica aquella sociedad estaba llena de mentira, de corrupción, de hipocresía, de egoísmo, de injusticia, de irresponsabilidad.

Proverbios 10 – 22; Proverbios 25 – 29

En este contexto se debe leer esta gran recopilación de proverbios, sentencias, refranes, enigmas, etc., del libro de los Proverbios, sobre todo desde el capítulo 10 hasta el 22 y del capítulo 25 hasta el 29. Se trata de una recopilación que ofrece un estilo de vida, unas actitudes éticas modélicas, fruto de la experiencia, que tienen como finalidad última el ayudar a vivir felizmente.

Veamos algunos ejemplos sencillos. Se alaba la paciencia porque es capaz de persuadir al juez; se constata la fuerza que tiene la palabra suave para llegar a

quebrantar los huesos; se exhorta a comer sólo lo necesario y a no dejarse llevar por la gula, no sea que, harto, se tenga que vomitar; se llama a no ser avaro o ambicioso; se aconseja no ir con demasiada frecuencia a casa del vecino, no sea que se canse y llegue a aborrecer al inoportuno; se compara al que levanta falso testimonio contra su prójimo a una espada y una flecha afilada...

Estos son ejemplos de sentencias que intentaban enseñar a vivir humana y socialmente. Son enseñanzas en forma de proverbios que preparaban para situarse frente a una sociedad en la que muchas veces se daba corrupción, injusticia, mentira, falsedad, hipocresía, etc. En contraposición a ello, los Proverbios invitan a vivir de otra manera: con generosidad, con justicia, con autenticidad, sin hacer trampas, etc.

2.6. La llamada a la confianza en Dios, a la conversión, a la humanización y a la esperanza

El último tema, que enlaza con los anteriores y que ya lo he ido insinuando, es el de la llamada a la confianza en Dios, a la conversión, a la humanización, a la esperanza. En medio de las dificultades y tentaciones, los creyentes nos van presentando a un Dios que apuesta por un auténtico ser humano, convertido, con esperanza, que se pone en movimiento para hacerla realidad. Así, pues, los creyentes, a pesar de todos los problemas, siguen confesando a un Dios que quiere seguir caminando con ellos, que quiere que el ser humano se convierta y confíe en él.

Génesis 12, 1-9

En esta línea se pueden situar textos como el de Génesis 12, 1-9, uno de los relatos de la vocación de Abraham. Este es presentado como modelo auténtico del ser humano que, confiadamente, se pone en camino con Dios. En los relatos de Adán, Caín, y la torre de Babel aparecen seres humanos que desconfían de Dios y por ello pierden su humanidad. En el relato de la vocación de Abraham, en cambio, se presenta a alguien que, por su confianza en Dios, aparece cada vez más humano. Cuando Dios le dice que se ponga en camino, él lo hace porque tiene la certeza de que Dios no lo va a engañar y de que ese camino en realidad lo va a llevar a la felicidad, aunque lo haga pasar por momentos de desastre, de ruina, etc.

Este texto es impresionante porque presenta a un Dios que ama apasionadamente a Abraham y lo llama, y porque presenta a un Abraham que responde como un enamorado, dispuesto a ir a donde vaya el ser querido, aun sin ver con claridad, confiado en sus promesas casi imposibles de realizar (se le dice "tendrás hijos e hijas", pero "él era de avanzada edad y su mujer era estéril"; se le dice "te daré grandes extensiones de tierra", pero "los cananeos estaban allí"; se le dice "te llenaré de bendiciones", pero "los santuarios que había en aquella

zona estaban dedicados a otros dioses cananeos y no a Yahveh"). A pesar de todo, Abraham se pone en camino, escuchando el llamado a la plena confianza en Dios, convirtiéndose así en el modelo de ser humano.

Exodo 3, 1-15

Otro texto fundamental de llamada a la confianza, a la conversión, al cumplimiento de una misión humanizadora y liberadora, a la esperanza, es el ya mencionado de Exodo 3, 1-15. En él se nos relata la vocación de Moisés, en la que aparece ante todo un Dios que mira al pueblo pobre, oprimido, y reprimido por el imperio egipcio, un Dios que no puede soportar esta realidad; un Dios que apuesta en favor de la liberación del ser humano y va a poner todos los medios para conseguirla, un Dios que expresa su decisión de "bajar para liberar", un Dios que decide realizar esta liberación al modo humano y dice a Moisés: "Ve, pues, yo te envío a Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel"; un Dios que, ante las dificultades y los obstáculos que pone Moisés para realizar tal misión, sólo le pide que confíe en él y se ponga en camino, porque él es "el que estará" con su pueblo en ese paso de la esclavitud a la libertad.

Oseas 11, 1-9

Hay otro texto que abunda en lo anterior. Oseas 11, 1-9 nos transmite cómo entiende el profeta la relación histórica que hay entre Dios y su pueblo y cuál es la relación que Dios quiere que exista. Dice Dios, por medio del profeta: "Cuando Israel era un niño yo lo amé y de Egipto llamé a mi hijo; pero mientras más los llamaba yo y los atraía con lazos de amor, más se alejaban de mí". Este texto quiere ser expresión de toda la historia del pasado, una historia en la que Dios se la ha jugado por su pueblo, le ha enseñado a caminar, lo ha alimentado, lo ha cuidado, le ha dado toda la ternura posible. El pueblo, en cambio, se ha alejado continuamente de Dios, ha ofrecido incienso y sacrificios a los baales, ha buscado otras seguridades y ha puesto su confianza en otros dioses.

Ante tal ingratitud Dios parece tomar la determinación de acabar su relación con el pueblo y lo amenaza con la vuelta a la esclavitud en Egipto o Asiria. El amor frustrado de Dios parece que se convierte en rencor y en deseos de venganza. Pero no es así. Dios sigue diciendo: "¿Cómo voy a dejarte abandonado, Efraím? ¿Cómo no te voy a rescatar, Israel?... Mi corazón se conmueve y se remueven mis entrañas. No puedo dejarme llevar por mi indignación y destruir a Efraím, pues soy Dios y no hombre. Yo soy el Santo que está en medio de ti, y no me gusta destruir". En último término, pues, Dios, a pesar de todo, sigue estando junto al ser humano, lo sigue exhortando a la conversión y lo sigue llamando a un cambio radical.

Oseas 14, 2-8

También en Oseas se encuentra un texto (14, 2-8) en el que el pueblo responde a las llamadas a la conversión y se vuelve a Yahveh, reconociendo sus infidelidades y comprometiéndose a no confiar más en otros dioses, sino a entregarse totalmente al único Dios que se ha acercado de nuevo con amor a su pueblo para conseguir la conversión y el retorno a él.

Isaías 7, 10-17; Isaías 8, 23 - 9, 7; 10, 33 - 11, 9

Otros textos donde queda expresada la llamada han quedado reflejados en el libro del profeta Isaías como profundizaciones del texto ya comentado anteriormente de 7, 10-17. Tras decir allí que el hijo del rey que está a punto de nacer "es señal de que Dios está con nosotros", sigue el profeta reflexionando sobre ese niño (véase Isaías 8, 23 - 9, 7; 10, 33 - 11, 9) y habla ya de un niño que va a ser un auténtico príncipe de paz, que defenderá la justicia y apoyará al huérfano y a la viuda; y todo esto lo hará de parte de un Dios que sueña en un mundo nuevo donde haya justicia y paz. Esta es la esperanza a la que llama Dios, éste es el papel que debe desempeñar el mesías, éste es el proyecto que Dios tiene. Para realizarlo es necesaria la confianza, la conversión, la seguridad de que Dios está acompañando al pueblo en el trabajo por la justicia y la paz, por una sociedad nueva, por la humanización del mundo.

Predicación deuteronomica y Miqueas 5, 1-5

No puedo seguir ahora analizando textos en los que se expresa la llamada a la confianza y a la esperanza, pero toda la predicación deuteronomica, que data de este primer momento de cierta euforia monárquica, y el mismo texto de Miqueas 5, 1-5, formarían parte de aquéllos.

3. Crisis prexilica y exilica (700 a 550 a. C.)

Un segundo momento importante dentro de la historia del pueblo de Dios, importante, por tanto, para la formación del Antiguo Testamento, es el tiempo de la crisis que llevó al reino de Judá a la destrucción del país y al exilio a mano de los babilonios. Este período va, más o menos, desde el año 700 hasta el año 550 antes de Jesucristo.

En esta época hubo una etapa de euforia, provocada por la reforma del rey Josías —impulsada por el profeta Sofonías y el grupo Deuteronomista—, y que tuvo sus repercusiones en la predicación esperanzada de Jeremías en su región de Anatot —predicación en la que se llama al examen de conciencia, a la conversión y a la esperanza (véase Jeremías 2 - 3; 30 - 31). Pero también se empezó a desmoronar la sociedad de Jerusalén, fundamentalmente por los mis-

mos problemas que hemos visto antes: había injusticias; el rey, en vez de trabajar por la paz, se dejaba llevar por la política de alianzas, quedando así en medio del fuego cruzado y de los conflictos de las potencias de su tiempo; se buscaban seguridades falsas; los falsos profetas fomentaban las falsas esperanzas y no llamaban a la conversión.

3.1. Falsedad e hipocresía de la sociedad

En este contexto hay que situar a los profetas Jeremías y Ezequiel. Ambos buscaron evitar la ruina final. Jeremías, especialmente, intentó cambiar las cosas para que no se llegase a provocar la invasión por parte de alguno de los imperios y, por tanto, la destrucción del país. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero se topó con tal dureza de corazón que no lo consiguió.

Jeremías 7, 1-15

Jeremías afrontó cada uno de los problemas de la sociedad y proclamó con claridad cuáles eran las vías de solución para que no llegase lo peor. Veámoslo en un ejemplo. Uno de los problemas más graves, que en el fondo es lo que llevaría al exilio, fue el de la hipocresía y la falsedad de la sociedad de Judá. Esta intentaba ocultar los problemas (las cosas iban mal, había gran injusticia y explotación de los pobres, los asesinatos "políticos" estaban a la orden de día, se despojaba a los pobres de los pocos bienes de subsistencia que tenían) bajo la bóveda del templo. El engaño estaba en que, tras cometer estos pecados y atrocidades, iban al templo, hacían sus sacrificios y repetían mágicamente la expresión "templo de Yahveh" tres veces con la convicción de que así quedaban en paz con Dios.

Jeremías comprendió la gravedad de la situación, ya que esa actitud era lo contrario a la conversión y, por tanto, favorecía que persistiesen las causas que no podían llevar sino al descalabro total. En Jeremías 7, en el famoso discurso en el templo y contra el templo, comenzó a desenmascarar esta situación de falsedad. Y lo que dijo, parafraseando el texto bíblico, es lo siguiente: "Ustedes van diciendo que Dios está aquí con ustedes, tal como había afirmado el profeta Isaías unos cien años antes. Pero mientras lo dicen con sus labios, roban, matan, asesinan, derraman la sangre del inocente, adoran otros dioses; ocultan, pues, sus pecados y maldades, nombrando mucho a Dios".

Jeremías 22, 13-17

El gran problema era que el mismo rey, Joaquín I, quien como tal debía procurar el bienestar social de su pueblo, se dedicaba a ornamentar el templo con lujo y a favorecer actos de culto, intentando así mantener alienado a su pueblo. Jeremías lo desenmascara: "Pero tú, ¿cómo puedes hacer eso y llamarte creyente si en realidad no estás pagando a tus obreros el salario cuando constru-

yes tus palacios? ¿Cómo te atreves a ir al templo, si sólo piensas en ti mismo, derramas sangre inocente, si mantienes la opresión y la violencia?”. Le recordó la actitud de su padre, Josías, quien sí pensaba en el pueblo, cumplía las obligaciones del rey de defender al huérfano y a la viuda, haciendo así lo que en verdad Dios quería, conociendo en verdad a Dios (véase Jeremías 22, 13-17 en el contexto de 21, 11 - 23, 8).

Jeremías 4-6; 25, 1-13; 23, 9-40; 27-29

La postura constante de Jeremías es, pues, la de desenmascarar la gran falsedad que había en la sociedad, la gran mentira de algunos profetas que se dedicaban a engañar al pueblo, diciéndole que no se preocupase del imperio, porque éste pronto iba a caer en la ruina y no tenía poder alguno para mantener a Judá en el vasallaje, ya que Dios estaba con su pueblo (véase Jeremías 4 - 6; 25, 1-13; 23, 9-40; 27 - 29). Jeremías se mantiene firme: “No es así como ellos dicen. Estudien un poco la historia, vean que el imperio babilonio en este momento, si quiere, nos puede comer vivos; no se dejen engañar por los profetas que falsean la realidad”. Lo que pretendían los falsos profetas era mantener una situación de tranquilidad, porque eso es lo que le convenía al rey. Obviamente, la postura de Jeremías provocó la persecución del profeta (véase Jeremías 26; 19, 1-20, 6; 36).

Jeremías 26; 19,1-20, 6; 36

Jeremías fue perseguido a muerte. Se pretendió acallar al profeta, se le intentó matar, se le llevó a juicio y se le llegó a condenar, en alguna ocasión incluso se empezó a ejecutar la sentencia de muerte, se le encerró en prisión. Esto ocurrió varias veces en la vida de Jeremías. Un ejemplo claro lo encontramos en Jeremías 26, donde se relata una de las persecuciones: intentaron lincharlo, se salvó por poco; lo llevaron a juicio, del cual finalmente salió absuelto.

Otro ejemplo es Jeremías 19, 1-20, 6. Para demostrar con más claridad que Jerusalén no es una ciudad sagrada e intocable y que puede ser destruida por los enemigos, Jeremías agarra un cántaro de barro cocido y lo bota al suelo y cuando se quiebra dice: “Esto es Jerusalén, así será destruida”. La reacción es inmediata; lo agarra la policía del templo, le da una paliza terrible, porque se atreve a decir que Jerusalén puede caer, creando así inseguridad.

Jeremías 12, 1-6

Esta persecución es importante y de gran interés porque nos muestra al profeta no como a un superhombre, superseguro, sino como alguien profundamente humano. Esto es lo que aparece en las llamadas “confesiones”, como la de Jeremías 12, 1-6. En ellas, el profeta, aterrorizado por lo que le está ocurriendo, se enfrenta a Dios, llega a dudar de su propia vocación, llega a dudar incluso de

la existencia misma de Dios. Esto le hace aparecer muy humano y muy cercano a la experiencia de cualquier ser humano que tome en serio su vocación de servicio. Fe, por tanto, no significa seguridad, sino que con frecuencia significa búsqueda, duda, rebelión. Esto es lo que nos enseñan entre otras cosas las "confesiones" de Jeremías.

La duda puede llegar a ser tan radical que el profeta puede incluso llegar a pensar que Dios es como un espejismo en el desierto, es decir, que Dios no existe. Jeremías se llega a quejar de Dios porque lo envía a anunciar cosas que nunca se acaban de realizar y que lo llevan a la persecución. Parece que Dios lo envía, pero después lo deja sin apoyo alguno: ¿será que la vocación ha sido un engaño o que Dios en realidad no existe? La respuesta que recibe el profeta de parte de Dios es provocativa, interpelante, intranquilizante, una respuesta que exige confianza. Así, Dios le dice: "Si con los de a pie corriste y te cansaste, ¿qué ocurrirá en el futuro cuando tengas que correr a pie y tus contrincantes lo hagan a caballo, es decir, con ventaja?". Es una manera de decirle que las persecuciones que ha sufrido hasta el momento no son nada en comparación con las que le esperan en el futuro, que Dios lo llama a ser profeta, que Dios promete estar a su lado, pero que él mismo, con la ayuda de Dios, es el que debe superar los obstáculos y las dificultades (véase también Jeremías 20, 14-18.7-13).

Jeremías, tras grandes persecuciones e intentos para hacerlo callar, acabó asesinado, y todo por intentar evitar la crisis que llevaba al pueblo de Dios a la destrucción y al exilio.

3.2. Respuesta a la cuestión de Dios y del sufrimiento

En el exilio se plantean también preguntas fundamentales para la formación de la Biblia. ¿No tiene poder nuestro Dios? ¿No tiene al menos el mismo poder que los dioses babilonios? ¿No ha podido evitar a su pueblo el desastre? ¿Sigue Dios queriendo a su pueblo con apasionamiento? ¿Lo ha abandonado? ¿Se le puede seguir dando culto en el exilio, donde no existe el espacio sagrado ni el tiempo sagrado, ya que la tierra donde están es profana, no tienen templo, ni tampoco calendario religioso para poder celebrar las grandes fiestas religiosas? ¿Sigue el pueblo teniendo la misión de dar testimonio de Dios entre los pueblos paganos, entre los que ahora se encuentra esclavizado? Estas son las grandes interrogantes que se le plantean al pueblo en el exilio.

En esta situación, los creyentes vuelven a reflexionar y responden a estas grandes interrogantes. La predicación de estos creyentes la encontramos en el Segundo Isaías que va desde Isaías 40 hasta Isaías 55, en textos como el de Génesis 1 que se escribió en ese tiempo y en Ezequiel.

Génesis 1

Este texto narra la creación y comunica el gran mensaje de que Dios es tan poderoso que crea todo, incluso aquello que los babilonios consideran dioses como los monstruos marinos, y también el sol y la luna. Y lo hace sin ningún esfuerzo, sólo con su palabra pronunciada. Dios, pues, es poderoso.

El texto anuncia también que Dios nos quiere. ¿Cómo no va querer al ser humano, si lo ha creado a su imagen y semejanza y no puede romper ese lazo aunque quisiera, si lo ha hecho igual a él, aunque distinto, porque quiere relacionarse con él, si lo ha creado para darle la misión de dominar y humanizar la obra de la creación?

Soluciona también el problema de la falta de espacio y tiempo sagrados para poder dar culto a Dios. "No tenemos templo", decían los judíos en el exilio y la respuesta es que sí lo tienen porque Dios creó el mundo con una gran bóveda (como la de los templos), creó el candelabro mayor y el candelabro menor (objetos propios de los templos) y creó al ser humano como imagen de Dios (algo que también remite al templo). Nos está diciendo, por tanto, que el universo es el gran templo de Dios, donde sí se le puede dar culto, aun en el exilio.

"No tenemos calendario religioso", seguían diciendo los judíos en el destierro y, por tanto, "no podemos dar culto a Dios", y la respuesta es que sí, que con el ritmo temporal de la oración de la tarde y la oración de la mañana, con el paso de los días, ya sabemos cuáles son los momentos esenciales sagrados para orar a Dios, que el séptimo día es el día de descanso y es un día de celebración y acción de gracias a Yahveh, que se puede reconstruir un calendario religioso a partir del relato de la creación.

Ezequiel 10, 18-22; 11, 22-25; 1, 4-28; 3, 12-15

En esta misma línea escribe el profeta Ezequiel cuando narra su conocida e impresionante visión de la gloria de Dios, que se pone en movimiento desde el lugar santísimo del templo, salta hasta la puerta del santuario, se traslada al atrio de los gentiles, sube luego a la montaña de los olivos y acaba su camino en el lugar de los desterrados, en Babilonia. Con eso está queriendo decir que Dios no está encerrado en un lugar sagrado, en el templo de Jerusalén, sino que está donde está el pueblo, en el exilio en aquel momento, y que está dispuesto a hacer aquel largo viaje, a pesar de las dificultades, para estar con el pueblo en el exilio.

Deuteronomista; Jeremías 32; Ezequiel 34; 36; 37; 47

Hay, pues, esperanza y posibilidad de futuro para el pueblo. La tradición deuteronomista lo afirma con todas sus fuerzas al hacer la revisión de la primera edición de la historia deuteronomista de Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes.

Jeremías habla de que se volverán a comprar y vender campos, volverán a gozar de vida —y esto lo dice cuando Jerusalén y el reino de Judá están ya cayendo (Jeremías 32). Ezequiel habla también palabras de esperanza al prometer unos nuevos pastores que hagan olvidar a los pésimos pastores que han desviado al pueblo y lo han llevado a la ruina (Ezequiel 34), al prometer que Dios cambiará el corazón de piedra de su pueblo y lo convertirá en un corazón de carne, transformando así interiormente al ser humano (Ezequiel 36); al anunciar en forma de visión que un campo lleno de huesos secos recobrará vida, movido por el Espíritu de Dios (Ezequiel 37); al narrar en su última visión cómo del nuevo templo renovado surgirá una fuente de agua viva que se irá extendiendo por todo el país y por todos los países, dando vida a todo lo que encuentre en su camino (Ezequiel 47); al afirmar que Dios sigue y seguirá estando con ellos.

Isaías 40–55

Lo mismo se puede decir de Isaías 40–55, el Segundo Isaías. Es un profeta que habla del poder de Dios, del Dios soberano de la historia, del amor liberador de Dios, del Dios que, a pesar de la apariencia de que se le ha escapado la realidad de las manos, sigue estando presente en medio del pueblo en la historia, del Dios que está dispuesto a retornar con su pueblo a la tierra. El mensaje de Isaías 40–55 es, por tanto, la reformulación explícita del “yo estaré con ustedes” del Exodo 3, 1–15, que quiere decir que Dios ha estado, está y seguirá estando siempre con su pueblo, porque lo sigue amando, sigue teniendo la disposición de acompañarlo en el retorno a la tierra, sigue teniendo poder para realizar su obra liberadora.

Isaías 42, 1–8; 49, 1–6; 50, 4–9; 52, 13 – 53, 12

Ahora bien, ¿qué hacer con el sufrimiento? El exilio produjo sufrimiento y fue un lugar de acumulación de sufrimientos. Cuando el Segundo Isaías empieza a dar esperanzas al pueblo en el exilio y le anuncia que Dios sigue con él y que está dispuesto a acompañarlo en el camino hacia la tierra, no cae en el simplismo, ni quiere hacer caer al pueblo en el escapismo. Quiere, por el contrario, que el pueblo asuma que la realidad del dolor presente en sus vidas tiene algo que ver con el regreso a la tierra, que el dolor acumulado es camino que puede conducir hacia la nueva situación esperada, que el mismo dolor que van a sufrir en el camino puede ser fructífero y semilla de liberación.

El Segundo Isaías plantea, además, una pregunta nueva e importantísima: cuál es la actitud de Dios ante este sufrimiento. El profeta descubre en su relación con Yahveh que Dios quiere hacer lo necesario para que ese sufrimiento no caiga sobre el pueblo hasta destruirlo. Dios quiere, dentro de lo posible, liberar al pueblo del sufrimiento, lo quiere asumir él, de alguna manera, en lugar del pueblo. Pero en tiempo del Segundo Isaías (año 550 a.C.) todavía era impensa-

ble la idea de que Dios, aunque quisiera, pudiera sufrir. ¿Cómo se podía acompañar la presentación de un Dios tan poderoso y fuerte con su voluntad para acompañar al pueblo hasta el final y para sufrir por y en lugar del pueblo? Empieza a hablar entonces de la misteriosa figura del Siervo sufriente de Yahveh. Este no es Dios, pero es alguien muy cercano a Dios, es íntimo de Dios —tanto que su acción es como si la realizase Yahveh mismo. El, pues, va a acompañar al pueblo, él va a intentar que el pueblo no sufra, aunque sufra él. El va a morir por y en lugar del pueblo para que el pueblo no sólo no muera, sino que llegue a tener vida.

De este modo nos dice que Dios, aunque no pueda sufrir —en ese momento se creía que así era—, en realidad, sufre por medio de su Siervo sufriente, el Siervo solidario de Yahveh que se hace uno con la humanidad para evitar que ésta produzca sufrimiento y sufra. Esto lo expresa progresivamente en los Cantos del Siervo de Yahveh. En el Nuevo Testamento se descubrirá, como ocurre con tantas otras cosas, que esta figura sólo era imagen de una realidad, la de Jesús, quien no sólo es íntimo de Dios, sino que es Dios mismo que se encarna en el interior de la humanidad y sufre con, por y en lugar de ella.

4. Retorno a la tierra bajo el imperio persa (538 a 333 a. C.)

El tercer gran momento de la historia del pueblo de Dios es el del postexilio. Tras los sesenta años de destierro, el pueblo judío regresó a la tierra en el 538 a. C. Hacia el 550, en la zona medopersa surgió el rey Ciro, quien llegó a dominar todos los reinos del creciente fértil, se apoderó de Babilonia y dio a los desterrados la libertad para regresar a su propia tierra —en el caso de los judíos, la tierra de Judá. Con el regreso del pueblo de Dios a su tierra y con la restauración surgieron nuevos y graves problemas.

4.1. La recuperación de la propia identidad

El primer problema que deben afrontar es que después de tantos años —varias generaciones— fuera del país, entre extranjeros con otras creencias y cultura, deben recuperar su identidad; no acaban de saber si y cómo pueden vivir ya según la fe y la cultura judía. Se trata, pues, de recuperar su propia fe y su propia cultura, de crear instituciones que aúnen al pueblo en esta nueva situación: el nuevo templo, la oración en común, la circuncisión como signo distintivo del pueblo judío, etc.

Profetas del postexilio

Algunos profetas ayudan en ese momento de recuperación: Abdías, Ageo, Zacarías, Malaquías. Muchas de las cosas que defienden o apoyan sólo se pueden entender desde esa situación. Por ejemplo, dan importancia a la reconstrucción del templo, porque descubren que es fundamental en aquel momento un

lugar de culto y de reunión de toda la comunidad, tras la gran dispersión de los años anteriores. Otro ejemplo es la insistencia de algunos profetas en la prohibición de los matrimonios mixtos (entre judíos y no judíos), pues la mezcla con otras creencias religiosas y otros estilos de vida podía llevar a un gran sincretismo cultural y religioso y a una pérdida de la identidad judía. Un último ejemplo es la importancia que dan a la circuncisión como signo distintivo del pueblo judío. Si no se tiene en cuenta la coyuntura concreta del postexilio, se podría concluir que los profetas de esa época eran cerrados y poco proféticos.

Salmos de la nueva comunidad

También hay que notar que la mayoría de los salmos que se encuentran actualmente en la Biblia se escribieron en ese tiempo y ayudaron en gran manera a la restauración y a la espiritualidad del pueblo. ¿Por qué? Porque son la oración común, la oración de la comunidad, el espacio donde el nuevo pueblo judío puede compartir con su Dios todo lo que vive de alegría, dolor, esperanza, frustración, ilusión, solidaridad, participación, fraternidad, etc.

Historia cronista

La historia cronista finalmente (1 y 2Crónicas, Esdras y Nehemías) contribuyó también en gran manera a la recuperación de la identidad nacional y cultural del pueblo. Lo hizo recuperando la historia del pueblo judío desde Adán hasta su tiempo, subrayando cómo siempre que el pueblo judío se ha mantenido fiel a sus tradiciones ha avanzado y ha vivido feliz, insistiendo en los aspectos litúrgicos y en la importancia del templo a lo largo de la historia pasada, etc.

4.2. Nacionalismo y apertura a las naciones

El segundo problema que se les plantea está provocado precisamente por los intentos para solucionar el anterior. Al buscar con fuerza la propia identidad, se corre el peligro de cerrarse en uno mismo, de despreciar a las otras naciones, de olvidar, por tanto, que la buena noticia de Dios no es sólo para el pueblo judío, sino para todos los pueblos. En realidad, el servicio que Dios había pedido desde el principio a su pueblo es dar testimonio con su vida de su fe en Yahveh, de modo que todos los pueblos pudieran llegar al conocimiento y a la fe en El. El encerrarse en sí mismo es lo más contrario a lo que Dios había querido desde siempre para su pueblo.

Ante este segundo problema surgieron varios creyentes que de muchas maneras recalcaron la vocación del pueblo de Dios a la universalidad. Dialécticamente, pues, unos creyentes afirmaron cosas aparentemente contrarias a las que afirmaban otros para ayudar a buscar la propia identidad. La realidad de lo que Dios quiere se encuentra en la síntesis de los dos polos: identidad propia para un servicio universal.

Los textos del Tercer Isaías (Isaías 56, 1-8 y 66, 18-21), por ejemplo, escritos en este tiempo, nos hablan de que todas las naciones están llamadas a la salvación. También en 2Crónicas 28, 9-15 (libro en que normalmente se defiende la propia identidad y donde más bien se resalta que todos los extranjeros —samaritanos y edomitas— son malos y, por tanto, los judíos no deben entrar en relación con ellos) se recoge un ejemplo de la historia en el que se relata cómo después de una guerra entre los judíos y los samaritanos, éstos, vencedores, agarraron prisioneros a los judíos y se los llevaron, heridos, hacia su propio país. Continúa la historia diciendo que apareció entonces un profeta que los recriminó por lo que estaban haciendo con sus hermanos y los samaritanos, tan malos según opinaban los judíos, respondieron a la palabra del profeta y no sólo los dejaron libres, sino que, además, se preocuparon por curarlos y llevarlos hasta su propia patria de regreso. La lección que quería dar esta narración era que también los samaritanos podían ser buenos y podían responder a la palabra de los profetas con mayor entusiasmo y fidelidad que los mismos judíos.

Rut

A esto hay que añadir otros dos libros, escritos en ese tiempo, que subrayan especialmente la importancia del universalismo judío: Rut y Jonás. El libro de Rut narra la historia de una buena mujer que siempre se comportó modélicamente (cuando murió su marido se quedó acompañando a su suegra para que ésta no se quedase sola, e incluso se fue con ella a la tierra de Judá y la obedeció en todo lo que ella le aconsejó). Finalmente se casó con un judío de la zona de Belén, Booz, siempre con la intención de dar descendencia a su primer marido. De su descendencia provino más adelante el rey David. Pues bien, Rut, tan buena y tan cumplidora de la voluntad de Dios, no era judía, sino moabita (cada vez que se menciona a Rut se insiste en que era de Moab). Gracias, pues, a un matrimonio mixto —judío con moabita— fue posible la existencia del gran rey David. El libro de Rut se convierte así en un correctivo a la cerrazón desmesurada del pueblo judío y a la prohibición indiscriminada de los matrimonios mixtos. Lo importante, por tanto, no era ser judío o no, sino ser fiel a lo que Dios quiere.

Jonás

El libro de Jonás es más explícito todavía. Se presenta a Jonás como al típico judío al que Dios envía a predicar a un país extranjero pagano. El se opone e intenta escapar por mar. Dios provoca una tempestad y los miembros de la tripulación del barco, tras descubrir que están a punto de zozobrar por la desobediencia de Jonás a su Dios, no tienen más remedio que arrojarlo al mar, donde se lo traga una ballena. Pasados tres días, el gran pez lo arroja junto a la costa, donde Dios lo llama por segunda vez a predicar la ruina de Nínive, la capital de un imperio inicuo. Jonás tiene miedo a lo que le puede pasar si intenta huir de

nuevo de su Dios y acepta ir a predicar la ruina —al menos esto es un consuelo para él— de la ciudad, la gran opositora del pueblo judío en el pasado. El problema está en que los ninivitas se convierten y Dios decide perdonarlos y salvarlos. Jonás, entonces, se desespera y protesta contra Dios recriminándole así: “Ya sabía yo que tú eres un Dios lento a la cólera y rico en piedad y que estás lleno de ternura y eres misericordioso; y esto es lo que no me gusta”.

Pero no se conforma con esto, sino que decide quitarse la vida, pues piensa que es mejor morir que vivir así. Se va al desierto para dejarse morir de insolación. Dios entonces hace brotar un palo de ricino para evitar la insolación y la muerte de Jonás. Este, viéndose amado por Dios, se alegra y vuelve a desear la vida. Pero Dios parece jugar con él y envía una plaga que mata la planta de ricino, la cual se seca tan rápidamente como brotó. La reacción de Jonás contra Dios es inmediata: lo recrimina el porque lo ha dejado sin la sombra que le daba el ricino y porque acaban con aquel arbusto al que ya le había agarrado cariño. Vuelve entonces a desear la muerte. Dios también reacciona y le dice a Jonás: “Tú te quejas por este palo por el que no has hecho nada, ¿cómo no voy a estar yo triste viendo a un país como Asiria y a una ciudad como Nínive llenos de personas a las que también quiero que se van derechas a la muerte?”.

Dialécticamente, pues, en estos textos se subraya la universalidad, el papel que debe jugar el pueblo de Dios en favor de los pueblos, mientras que en los textos del apartado anterior se subrayaba la necesidad que tenía el pueblo de Dios, salido del exilio, de recuperar su propia identidad. El pueblo de Dios, en consecuencia, debe buscar al máximo su propia identidad religiosa y cultural para poder así cumplir su misión de dar testimonio ante todos los pueblos.

4.3. El prójimo, camino a Dios

El tercer gran problema del postexilio es descubrir cuál es el criterio para saber si la propia relación con Dios es auténtica o no. Este problema se agudizó precisamente al insistir en buscar la propia identidad en el culto, en la oración, en el templo, tanto que se llegó a pensar que estas realidades eran el camino para llegar a Dios.

Isaías 58

Los creyentes y profetas de este tiempo cayeron en la cuenta, sin embargo, de que el camino más importante para llegar a la auténtica relación con Dios sigue siendo el de la vida diaria; en ésta se descubre si nuestra relación con él es buena o mala. En esta línea se debe situar el conocido texto de Isaías 58, en el que el pueblo, frente a las dificultades con que se encuentra en el postexilio, se pregunta por qué ayuna si Dios no lo ve, por qué hace sacrificios si el Señor no los tiene en cuenta. Dios, entonces, por medio del profeta responde (Isaías 58, 3b-4a): “Porque en los días de ayunos ustedes se dedican a sus negocios y

obligan a trabajar a sus obreros. Ustedes ayunan entre peleas y contiendas y golpean con maldad". Y prosigue diciendo qué ayuno le agrada, es decir, cómo espera que sea la relación con él: "Romper las cadenas injustas, desatar las amarras del yugo, dejar libres a los oprimidos, y romper toda clase de yugo. Compartir el pan con el hambriento, dejar entrar en la casa a los pobres sin techo, vestir al que va desnudo y no volver la espalda al hermano necesitado" (Isaías 58, 6-7).

Después del exilio, por tanto, en un momento de supervaloración del templo, de la oración sálmica, de la práctica del ayuno y de la limosna, se sigue insistiendo en que lo fundamental para que haya relación auténtica con Dios es la acción justa y solidaria con el prójimo que está en necesidad.

4.4. La pregunta por el lugar donde se encuentra Dios

El cuarto gran problema que se le plantea al pueblo, después de tantas experiencias de felicidad y de dolor, de esperanzas y de frustración, es dónde encontrar a Dios: ¿en el culto y los sacrificios?, ¿en el nuevo templo y en los sacerdotes?, ¿en la victoria contra los enemigos?, ¿en la pertenencia al pueblo judío? A estas interrogantes se dan muchas respuestas, por ejemplo en Proverbios 1 - 9, Cantar de los cantares, Job y Salmos.

Las respuestas van en la dirección de que Dios se encuentra en el llevar una vida ética y social coherente y libre, en el vivir con toda humanidad y humanizando todo el entorno (véase Proverbios), en el amor profundo interhumano (véase el Cantar de los cantares) ya que donde hay amor fuerte allí está Dios, en el sufrimiento porque Dios está sufriendo con el que sufre —en este momento ya se empieza vislumbrar que Dios es tan solidario y cercano a nuestra realidad que puede incluso sufrir con el que sufre y para que no sufra— (véase Job), en todas las situaciones de nuestra vida —de guerra, de paz, de consolación, de desolación, de alegría, de dolor, de muerte, de vida (véanse los Salmos).

4.5. ¿Es posible seguir esperando?

El quinto gran problema de esta época postexflica de dominación persa, a la vista de lo que les cuesta salir adelante con sus proyectos, de la falta de entusiasmo y del desencanto que se apoderan de la gente, es si es posible mantener la esperanza, si se puede esperar algo mejor y nuevo.

Isaías 65, 17-25

El Tercer Isaías es uno de los creyentes que supo responder a esta problemática con mayor claridad y fuerza. Isaías 65, 17-25 habla de una esperanza en un cielo nuevo y una tierra nueva, en una época en la que ya no habrá sufrimientos ni dolor, en que el huérfano y la viuda serán defendidos. Este cielo nuevo y

tierra nueva es el proyecto final de Dios que su pueblo y la humanidad entera deben ir realizando día a día para encontrarse realmente con Dios.

5. Crisis bajo el helenismo y el imperio romano (333 a la era cristiana)

La cuarta y última época de la historia del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento es la época greco-romana, que va desde el año 333 hasta el tiempo de Jesús. Lo que diferencia a esta época de las anteriores es que ahora los invasores y dominadores ya no serán imperios venidos de oriente, que tenían muchas cosas en común con el pueblo judío, tanto religiosa como culturalmente, sino que serán imperios venidos de occidente, con una cultura y una religión muy diferentes a las de los judíos. Los libros de la Biblia van a tener que dar respuestas a estos problemas culturales y religiosos, e incluso a los problemas que surgen de la confrontación bélica que se dio en aquellos tiempos. Veámoslo muy brevemente.

5.1. Mantenerse en el judaísmo

Surgirán libros que presentarán la cultura judía más bien de forma suave y dialogante con la cultura advenediza, con la intención de aceptar de ésta lo que de bueno pueda haber, pero con la intención también de educar a los jóvenes judíos y reafirmar a los más adultos en una vida según la tradición judía, valorando ésta como camino de bien y felicidad.

El *Qohelet* o *Eclesiastés*, con sus sentencias y proverbios que parecen relativizarlo todo, afirma que no hay ninguna visión de la realidad que tenga valor absoluto —ni la de una religión alienante, ni la de un epicureísmo escapista, ni la de un estoicismo deshumanizante, ni la de un racionalismo divinizante— a no ser una visión que relacione todo con el Dios que lo ha creado todo, que tiene su voluntad de salvación para la humanidad, que da el don de la vida al ser humano para que éste viva cada momento con fuerza y con dignidad.

El *Libro de Jesús hijo de Sira*, llamado también *Eclesiástico* o *Sirácida*, es un libro que por medio de proverbios va poniendo ante el joven judío lo que es la sabiduría judía. Le dice a éste: "si ustedes actúan según esta sabiduría, están actuando bien; no se trata de que vayan en contra o a favor de los griegos sino de seguir el propio estilo judío".

El *libro de Tobías* hace algo parecido al presentar a un auténtico judío que, en medio de una situación de cierta persecución, sólo está preocupado por vivir según las prácticas judías, aunque éstas sean contrarias a la cultura y a las órdenes del invasor y le puedan provocar complicaciones, como es la práctica de enterrar un cadáver de alguien que ha muerto en combate contra el perseguidor. En último término, la felicidad llena la casa del judío que actúa así.

5.2. Resistencia

Cuando el enfrentamiento se hace más fuerte y empieza incluso una resistencia activa por medio de una guerra abierta, este hecho también queda reflejado en algunos libros bíblicos de esta época.

Un ejemplo es el *libro de Ester*, la mujer que derrota al enemigo opresor con las mismas trampas que el otro ha usado.

En el *libro segundo de los Macabeos* se nos habla de los hermanos macabeos que toman las armas y se ponen al frente de quienes no aceptan la imposición helenista y se defienden contra ella.

El *libro de Daniel*, en esta misma coyuntura, muestra que todos los imperios que han existido en el pasado y que puedan existir, al final caen y que sólo el imperio del Hijo del Hombre triunfará para siempre, convirtiéndose este triunfo en la mayor esperanza para quienes se resistían a la imposición de la fe y la cultura helenista.

El *libro de Judit* muestra a una mujer que, sin especiales armas, pero con la decisión de defender al pueblo invadido, llena de confianza en Dios, acaba con el enemigo, produciendo así el entusiasmo y la firmeza en todos sus compatriotas a punto de caer.

5.3. Esperanza: el que ha resistido permanecerá

Tres libros, *Daniel*, *1 Macabeos* y *Sabiduría*, animan a la resistencia de los justos, aunque en este caso insisten en una resistencia testimonial, dispuesta al martirio, afirmando por primera vez en el Antiguo Testamento que quienes se han mantenido firmes en la resistencia y en todas las tribulaciones e invasiones, quienes han sido capaces de dar la propia vida para mantener sus convicciones religiosas y culturales judías, no verán la Muerte. Su muerte será camino de Vida.

5.4. Resumen

Ante esta última crisis del pueblo de Dios se vislumbran posturas que volveremos a encontrar en el tiempo de Jesús y en muchas épocas de la historia de la Iglesia. Hubo quienes, oportunistas, aceptaron las invasiones culturales y religiosas de otros pueblos y se hicieron sus más fervientes colaboradores (algunas castas sacerdotales, los saduceos). Hubo quienes intentaron dialogar con la cultura helenista, aceptando lo que había de bueno en ella, pero manteniendo su propia cultura y su propia fe en lo esencial (algunos sabios y judíos piadosos practicantes de la oración, el ayuno y la limosna). Hubo también quienes resistieron a los invasores aunque de diferentes maneras: oponiéndose con las armas (los hermanos Macabeos, los zelotas) o bien manteniéndose firmes hasta la

muerte, poniendo toda su confianza en Dios (la familia mártir de I Macabeos, los fariseos, los pobres de Yahveh).

6. Conclusión

De este rápido paso por el Antiguo Testamento sólo querría recoger, para terminar, las tres figuras que van apareciendo y que son muy importantes para la mejor comprensión del Nuevo Testamento: el Mesías (véase Isafas y otros), el Siervo sufriente de Yahveh (véase el Segundo Isafas) y el Hijo del Hombre (véase Daniel).

Los seguidores de Jesús vieron realizadas estas tres figuras importantísimas en Jesús de Nazareth. Vieron a éste como el Ungido o Mesías de Dios que ha venido a liberar a los pobres, a dar la paz, la justicia, etc. (véase Isafas y otros). Lo vieron también como el Siervo sufriente, que sufre solidariamente con su pueblo y en favor de su pueblo, que muere en cruz precisamente para intentar que su pueblo no muera en cruz y para hacer descubrir la locura de lo que significa matar a alguien en cruz (véase el Segundo Isafas). Lo vieron, finalmente, como el Hijo del Hombre (véase Daniel), el Dios que baja y triunfa sobre todos los imperios y triunfa sobre todo el imperio del mal y se constituye en el único Imperio de Vida vencedor.

Estas tres figuras son las que los evangelios han recogido junto a otras que también hablan de Jesús como profeta, como rey. En todo caso, estas tres figuras son las que, quizás, han quedado más plasmadas en la figura de Jesús, en el Nuevo Testamento.

Hemos visto, pues, a lo largo de todo este recorrido, cómo el pueblo, a partir de su primera experiencia de Dios acompañante en la liberación y en la formación de su pueblo, ha ido descubriendo cuál es el estilo de Dios, cómo espera Dios que su pueblo viva, qué problemas tiene que ir evitando para realizar el proyecto de Dios, qué futuro se puede esperar para la humanidad, cuál es la humanidad nueva que Dios sueña para siempre.

Estos descubrimientos del pueblo de Dios siguen vigentes para nosotros en nuestros días y en nuestras realidades, llenos de dolor, pero llenos también de esperanza y de sentido utópico.

-Bibliografía básica sobre el tema

Aronhövel, D., *Así nació la Biblia*, Paulinas, Madrid, 1980.

Bright, J., *La historia de Israel*, DDB, Bilbao, 1966.

Castel, F., *Historia de Israel y de Judá*, Verbo Divino, Estella (Navarra), 1984.

Cazelles, H., *Historia política de Israel desde los orígenes a Alejandro Magno*, Cristiandad, Madrid, 1984.

- Charpentier, E., *Para leer el Antiguo Testamento*, Verbo Divino, Estella (Navarra), 1981.
- Grollenberg, L., *Visión nueva de la Biblia*, Herder, Barcelona, 1972.
- Gruen, W., *El tiempo llamado hoy*, Paulinas, Madrid, 1981.
- Herrmann, S., *Historia de Israel en la época del Antiguo Testamento*, Sígueme, Salamanca, 1985.
- Mesters, C., *Por detrás de las palabras*, EDICAY, Cuenca-Azuay, 1988.
- Pikaza, X., *Para leer la historia del pueblo de Dios*, Verbo Divino, Estella (Navarra), 1988.
- Pixley, J., *Historia sagrada, historia popular*, DEI, San José de Costa Rica, 1989.
- Rad, G. von, *Teología del Antiguo Testamento*, I y II, Sígueme, Salamanca, 1972.
- Saravia, J., *El poblado de la Biblia*, Iglesia de Cuenca-EDICAY, Quito, 1987 (2a. ed.).
- Sivatte, R. de, *Dios camina con su pueblo*, UCA Editores, San Salvador, 1987 (2a.ed.).